

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

por **DANILO SALCEDO V.**

Introducción.—Pretendemos hacer un breve estudio sobre la guerra Ruso-Japonesa, sus antecedentes y significación histórica en la movida escena de los acontecimientos del Pacífico.

En nuestros días los sucesos asiáticos conmueven al mundo, en la misma forma como lo estremecieron antes los sorprendidos avances del ejército del Sol Naciente por los múltiples frentes en 1942; entonces se vino a entender cuan incomprensivas y carentes de tacto político fueron las potencias europeas y EE. UU., al tratar de embolsillar al Japón, y lograr por todos los medios posibles hacer sucumbir la competitiva industria y comercio nipones, que a todos los países jóvenes cautivaban por el solo hecho de provenir de la "tierra del cerezo en flor".

En la actualidad, gran parte del futuro que se depara al mundo depende del desenlace que tenga la revolución en China, la que sin duda hará cambiar la situación de las potencias dominadoras en el Lejano Oriente. La agresiva actitud de la patria de Confucio, pondrá sobre aviso a las potencias del mundo que ahora se la puede considerar como una potencia más en el concierto internacional, sabia en el ejercicio de sus derechos y justa en el compromiso de sus deberes.

El mismo resultado de hacerse valorar y respetar como potencia, obtuvo el Japón en su aplastante victoria sobre Rusia en los años 1904 y 1905, por esta razón es de trascendental importancia abocarse a estudiar el suceso, pues en nuestro concepto, la Guerra Ruso-Japonesa, marca para el Japón el comienzo de la actividad expansiva de Oriente en el Pacífico, y que llegará a su cúspide cuando en 1941 se enfrente con el coloso americano para decidir a quien pertenece la órbita de influencia en el Lejano Oriente y el dominio del Océano Pacífico.

Veamos pues los antecedentes de esta guerra que preocupó a algunos políticos en los comienzos del siglo, pues vislumbraron que en Asia se operaba un

cambio de inmediata significación, pero no seríamos bastante claros, si no hechásemos una mirada histórica a las expansiones que realizan las dos potencias en el siglo XIX, Rusia y Japón, naciones que se encontrarán frente a frente en el logro de sus satisfacciones territoriales, encuentro que produjo el conflicto armado.

Expansión rusa en Asia Oriental.—Avida de expansión como todas las naciones recién nacidas a la civilización moderna y deseosa de promover y extender su comercio, Rusia persiguió tenazmente desde los comienzos de la pasada centuria, el logro de bases marítimas que sirvieran de puertos al intercambio internacional. La extensión de las costas del imperio Ruso no eran proporcionables a su enorme superficie territorial.

El ímpetu inicial se debió a la ambición y a la visión de una de las figuras más notables en el dilatado linaje de procónsules ruso: Muravyof-Amursky (1809-81), quien previó que Siberia sería el gran campo de la colonización rusa para el siglo próximo, en la misma forma como Pedro el Grande lo contempla en su célebre Testamento al expresar: "Para conservar Siberia es necesario ahora (1853), conservar y reforzar para nosotros Kamchatka, Sakalin y la desembocadura y la navegación del Amur, y obtener una sólida influencia sobre la China vecina". De lo contrario, los ingleses, que eran siempre su espantajo se adelantarían a Rusia. Como Gobernador de la Siberia Oriental desde 1847 a 1861, venció la cautela obstruccionista del Ministro de Negocios Extranjeros Nessrolde, y de otros de sus adversarios de San Peterburgo y se lanzó con bien meditada energía a la consolidación y la expansión del poder ruso del lejano Oriente.

Las circunstancias parecían favorables a la consecución de este propósito, y es innegable que lo fuera al principio, porque la desquiciada China dió indicio de próxima ruina, y queriendo huir de las gra-

rras de Francia y Gran Bretaña, se hechó en brazos de su vecina Rusia. En 1860, las tropas aliadas ocupaban Pekín, despertando el recelo del gobierno chino, temeroso que tras la ocupación prosiguiera una anexión. El general Ignatieff, Ministro de Rusia aprovechó habilmente esta situación, ofreciéndose a gestionar la evacuación de Pekín, así en justa correspondencia la China se prestara a ratificar las fronteras del Amur. Retirados los aliados, poco después de la capitulación del Imperio Chino, sin que en esa retirada hubiese intervenido ese astuto diplomático, el gobierno de Pekín se avino a la rectificación solicitada, y como consecuencia de ella 600.000 K2 al N.O. del Asia fueron cedidos a Rusia, la cual obtuvo de esta manera la hoy denominada Provincia Marítima y el puerto de Vladivostok.

Mucho más irregular y anómalo fué el proceso y las gestiones que dieron por resultado la adquisición de la isla de Sakalin. El almirante Nevelshoy obrando bajo su propia responsabilidad y sin que mediara acuerdo con su gobierno inició en 1852, una expedición a Sakalin con objeto de explorar la isla, tenida por península poco ante, y averiguar si los japoneses la ocupaban formalmente. A partir del año siguiente los rusos fundaron varias poblaciones y de hecho comenzaron a ejercer su soberanía en esa comarca. Los japoneses que desde tiempos inmemoriales se creían dueños de Sakalin, protestaron contra la intromisión Rusa en 1855, pero el gobierno de San Peterburgo no quiso entrar en negociaciones y dejó las cosas tal como estaban. En 1862, una embajada japonesa visitó al Zar y le propuso como fórmula conciliatoria, que Rusia conservara la parte norte de Sakalin, situada desde los 50° de latitud Norte, continuando Japón en la región Sur, el Zar derogó la clamación del Japón, y el Shogún resolvió abandonar la isla a su suerte. Cinco años más tarde, cuando ya los rusos dominaban toda la isla, volvieron los japoneses a protestar otra vez, pero sus quejas sólo sirvieron para que Rusia pidiera abiertamente la anexión de Sakalin, ofreciendo al Japón en compensación la isla de Iturup y tres más pequeñas. No aceptaron los japoneses y Rusia prosiguió su tarea de absorción lenta y finalmente en 1875, el Japón reconoció la soberanía rusa sobre Sakalin, recibiendo en cambio el archipiélago de las Kuriles.

La década de 1860-70, abrió por consiguiente un risueño porvenir a las ambiciones rusas, el imperio ya llegaba al Pacífico, la isla Sakalin era en parte un punto de apoyo y una amenaza al Japón, a la vez que ponía en manos de los rusos las mejores pesquerías de aquella parte del mundo. Sólo restaba completar la expansión territorial extendiéndose por la Manchuria hasta llegar a los mares abiertos todo el año a la navegación.

Las circunstancias que tanto favorecían a los rusos hasta entonces, parecían mostrarse todavía más propicias. Comenzados los trabajos del Transiberiano, vía férrea destinada a consolidar la posesión de las regiones recientemente adquiridas, no se tardó en observar que el trazado en proyecto, que se desarrollaba íntegramente en territorio ruso, resultaba sumamente largo, por la necesidad de admitir una gran curva que contorneaba la Mongolia y la Manchuria,

deduciéndose de ahí la conveniencia de que la línea férrea se dirigiese casi en línea recta desde el Baikal a Vladivostok, atravesando la Manchuria. Si el gobierno del Zar hubiese considerado a Manchuria como país extranjero y por ende inalienable, habría desechado la idea de llevar hasta él una línea férrea, destinada a fortalecer la ocupación de una provincia situada más allá de sus fronteras; pero como la soberanía de China sobre este territorio era nominal antes que efectiva, Rusia creyó que lograría fácilmente del gobierno de Pekín la cesión de aquella comarca, efectivamente así fué y el país de los moscovitas se aprestó a emprender efectivamente los trabajos, decretados en 1891, pero antes de que estuviesen terminados, la guerra chino-japonesa, marcó un alto en las desmedidas ambiciones rusas, descubriendo al mundo que en las lejanas comarcas del Lejano Oriente había un pueblo guerrero, al que se debería respetar en lo sucesivo. Confiada en sus fuerzas y atribuyendo las derrotas de los chinos a la mala organización de su ejército y marina, más que a la pujanza del Japón; Rusia entonces se recobró pronto de su asombro que le causara el desenlace de la guerra y resolvió precipitar su acción en el Lejano Oriente, con el propósito de aventajar en los fines que pudiesen abrigar los nipones.

En 1897, a la vez que Alemania se apoderaba de Kiao-Cheu y se extendía en la provincia de Shang-Tung, Rusia envió un destacamento de tropas a Girin con el pretexto de proteger los trabajos de la vía férrea, y con autorización del gobierno chino ordenó a su flota invernar en Port Arthur. Siempre obrando de concierto con Alemania y Francia, Rusia obtuvo de China en Marzo de 1898, el arrendamiento de Liao-Tung, comprendiendo Port Arthur y Taliesvan y fué autorizada para construir un ramal de ferrocarril que partiendo del transmanchuriano y pasando por Mudken, condujera a Port Arthur, desde esta suerte Rusia obtuvo en 1898 la ventaja que en 1895, había concedido al Japón el Imperio Celeste, en virtud del tratado de Shimonoseki. A las observaciones del Japón, Rusia declaró que no abrigaba ningún deseo de faltar a los tratados anteriormente suscritos y ni de atentar en la integridad de China y que el arrendamiento en cuestión era solamente temporal y no tenía el carácter de ocupación permanente. Disimuló el Japón el mal efecto que la citada respuesta le causó y convencido que era inútil cualquiera gestión diplomática, si no tenía el apoyo de las fuerzas guardó discreción y activó su preparación militar. La Inglaterra protestó de la actitud de Rusia y no se declaró satisfecha cuando esta le replicó que necesitaba un puerto abierto para su escuadra, pero sin ahondar la discordia, pues arrendó con el sostén del Japón Wei-Hai Wei, restableciendo así el equilibrio en aquellos mares, que era lo que deseaba ardientemente el estado del Sol Naciente.

Desplegando una actividad asombrosa, Rusia dió gran vuelo a los trabajos de vías férreas, transportó tropas al Lejano Oriente, fundó Dalmi, del que proyectó hacer un magnífico puerto comercial y comenzó las fortificaciones de Port Athur.

La insurrección de los boxers, brindó a Rusia una buena ocasión para llevar adelante sus planes, fran-

camente imperialistas, pues le dió la oportunidad de que sus tropas se extendieran por la Manchuria y ocuparan una vasta zona comprendida entre Jarbin y Port Arthur.

Pero la política demasiado audaz y precipitada de los rusos, no hubiese producido el enorme choque que conoceremos, a no haber mediado otras causas de disgusto que afectaban más hondamente al imperio en que nace el rey de los astros. Deseando evitar un conflicto armado el Japón reconoció el derecho de Rusia que le asistía en Manchuria, esperando de esta manera que el gobierno del autócrata ruso, admitiera el derecho de los nipones sobre Corea; en un principio Rusia se mostró dispuesta a esta afable solución, pero cuando se vió libre de los peligros de un rompimiento con Inglaterra y la pronta terminación del ferrocarril en Manchuria, renacieron las insaciables ambiciones en el gabinete de San Peterburgo y se aprestó a expulsar a los nipones de Corea, como lo había efectuado en Liao-Tung. En 1900, el gobierno Ruso solicitó del coreano la concesión de Mosampo, situado en la costa sur de Corea, negose a esta pretensión el gabinete de Soul, entonces se insistió en el puerto de Ching-hai-Wan, no lejos del anterior, con la misma respuesta negativa; pero obtuvo privilegios importantes para los súbditos y sociedades rusas. De la misma forma que los ferrocarriles de la China Oriental dieron pie a Rusia para lograr el arrendamiento de Liao-Tung y la ocupación de Manchuria, quiso valerse de los atrevidos privilegios concedidos a sus súbditos en Corea, para crear en este estado derechos e intereses en que cimentar una futura intervención armada.

Quedó así planteado el conflicto con el Japón.

Expansión territorial Japonesa.—Cressey en su libro expresa (1) que "La expansión japonesa fué considerada por sus estadistas y hombres de estado como una panacea a sus problemas sociales y económicos". Esta clarividente frase resume las causas por las que el Japón se vió compelido a una política francamente imperialista y anexionista; el primitivo Japón poseía una superficie de 382.715 Kms². pequeño territorio para permitir vivir una abundante población; desde el siglo XV hasta mediados del XIX, especialmente bajo la dinastía de los Tokugawa, es decir durante "el período hermético" de la historia del Japón, los shogunes limitaron la población a un máximo de 25 millones, por lo que debieron controlar los nacimientos, evitando así las revueltas que trae consigo el hambre.

Es curioso hacer notar que se aplicaban leyes a las familias numerosas, cuyas sanciones eran drásticas, llegando hasta el exterminio de los niños, así "en la provincia de Hyuga, sólo el primogénito tenía derecho a la vida, todos los otros eran inmediatamente muertos y muchas veces aniquilados antes de nacer".

Durante el período del feudalismo, había en las ciudades del Japón hospitales dedicados especialmente para realizar el aborto, cuya voz japonesa es "mabiku", que significa "librar", no sólo en el sentido personal, sino que también social de una liberación para todos. No se crea que estas consideraciones tomadas del libro de Zischka, sean antojadizas para desformar la moral japonesa, pero deje-

mos a un japonés pintar el problema con una gráfica frase: "El pueblo japonés tanto en las ciudades como en el campo, no veían diferencia alguna entre el aniquilamiento de los niños y el exterminio de la mala hierba". (E. Honjo).

El primer censo exacto de la población japonesa tuvo lugar en 1731, arrojando un total de 27 y medio millones, en 1781 el censo tuvo por resultado la cifra de 25 millones de seres; en el año de 1828 el recuento de la población expresó 27 millones y finalmente en 1846 dió una cifra de 26 millones de habitantes. Estos datos nos indican a ciencia cierta que las medidas del shogún surtieron su efecto nivelador de la nación japonesa.

La "gentil" visita del Comodoro Perry en el año de 1853 abrió en el Japón la época de la industrialización y la occidentalización de sus formas de vida exterior, y decidió modernizar su economía para llegar a figurar como potencia en el concierto mundial, pero la industrialización progresiva emprendida por Meiji, pedía brazos además el deseo de superar a sus profesores "desinteresados" necesitaba soldados; para el Japón aislado era necesaria la política de limitación nata, pero el nuevo Japón de la era de Meiji exigía un aumento de población, este hecho nos lo revelan las cifras, veamos pues algunas: en 1872 la población subió a 33 millones, en 1892 ya contaba con 41 millones y en 1913 con la asombrosa cantidad de 53 millones; esto nos indica en menos de 70 años el Japón aumentó su población en un 200%.

Este fantástico crecimiento vegetativo de la población, traía consigo graves problemas económicos. Cómo alimentar un pueblo, cuyo territorio se le hacía estrecho para contener una superpoblación? Posiblemente habían dos puertas de escapes; intensificar su industrialismo y depender agropecuariamente de los países fuertes en estos recursos o efectuar una apreciable inmigración a regiones poco pobladas con el consentimiento de los estados interesados en recibir contingentes de japoneses; la primera solución no cristalizaría en algo positivo, pues los países vecinos del Japón tienen análogos problemas y aún peores, y además el espíritu japonés peca de ser demasiado independiente y no deseaba depender tan directamente de las potencias, sólidas en lo económico.

La segunda respuesta al problema se emprendió con entusiasmo, para tal efecto se creó el Ministerio para Asuntos de Ultramar y se interesó a los súbditos nipones salir de su país para cimentar sus propios intereses, como la propaganda de Imperio; comenzó a efectuarse éste traslado de masas de japoneses, pero el mundo occidental sintió pronto aversión a la raza amarilla y trató de detenerla por medio de leyes y expulsiones violentas, así por ejemplo, los japoneses instalados en las islas Hawai, pudieron apreciar que cuando EE. UU., tomó posesión de las islas en 1890, impidió con leyes el acceso de sus hermanos que añoraban disfrutar de un bienestar económico y tranquilidad para sus deudos.

Los años posteriores nos dan a conocer muchas actitudes de los países occidentales que colocaban a los nipones en una situación de desmedro, por el solo hecho de pertenecer a una raza de color; por esto, para las masas del Mikado, significaba que se en-

contraban embolsillados los anhelos de sus gobernantes de elevar al Japón en un sitio de honor, junto a las potencias occidentales; había más aún, el Japón necesitaba materias primas para su desarrollo industrial y necesitaba mercados en donde colocar sus productos; era un imperio de islas que, igual a Inglaterra, se moriría de hambre sin comercio y sin intercambio internacionales.

Todo lo expresado fué moldeando en el alma del nipón, un sentimiento de odio a los países occidentales, y le dió la clara conciencia que la única forma de lograr un respiro territorial era la política expansionista. Veamos pues como se realizó esta política, hasta el conflicto que sostuvo con el ambicioso coloso ruso.

El primer éxito efectivo de la expansión japonesa se efectuó al sur de sus islas, y consistió en la ocupación de las islas Riu-Kiu, en la forma más elegante y fina, pues se conquistaron primero al monarca de las islas, quien se "japonizó", perdonando el término, parecía que los japoneses apreciaban la parte sur, posiblemente por el clima, menos inelmente que en el norte del Asia; el fácil triunfo de esta conquista, indujo a proseguir otras, de este modo en 1870, se posesionó de las islas Bonin y Valcán; y mientras Inglaterra, Francia y EE. UU., discutían sobre la legitimidad de estas conquistas y anexiones, los nipones ocupaban Formosa en 1874, que era China desde 1683, y que su situación inmejorable permite el control del Mar Amarillo, y el dominio de las rutas a Shangay y a Tientsin, en esos tiempos la isla era considerada como nido de cazadores de cabelleras, los japoneses se dedicaron impasiblemente a la explotación de maderas preciosas, oro, plata, y cobre, desentendiéndose de las protestas de los chinos, quienes acabaron reconociendo su posesión, como pronto veremos.

El término de la guerra entre España y EE. UU., puso también término a la expansión japonesa hacia el sur, pues los norteamericanos ocuparon Filipinas, lo que significaba una barrera a las ambiciones territoriales japonesas. Quedaba como recurso de satisfacción de deseos el enorme norte del Asia Oriental que ya estaba siendo devorada, por los países Europeos, especialmente Rusia, hacia esas regiones se encaminaron los sueños nipones.

"Poco antes que Japón despertara a una nueva vida, escribe Okura, en 1842 una nación cristiana introdujo por la violencia el opio en China y robó Hong-hong. En 1860, bajo un pretexto fútil, los ejércitos aliados de los ingleses invaden a Pekín, saqueando el palacio de Verano, cuyos tesoros son hoy el orgullo de los museos europeos. Al mismo tiempo los rusos destruyeron en las orillas del Amur y del Ili lo que generaciones de los mejores hombres del Imperio Celeste habían creado... El Japón se horrorizó...". Esta era la pauta que los nipones debían también seguir en lo sucesivo, a veces aventajando a sus maestros.

La porción de territorio que más le inquietaba era Corea, la misma península que casi sirvió de trampolín a los mongoles, y que tenía visos de cumplir el mismo papel si caía en manos de los rusos; por eso es que las crónicas japonesas registran a Corea

como "el puñal que amenaza el corazón del Japón".

En varias oportunidades estuvo a punto de emprender expediciones de conquista, pero la prudencia propia del japonés, lo sujetaban a aguardar una ocasión más propicia, sólo obtuvieron que en 1876, los coreanos por medio de un tratado abriesen algunos puertos al comercio japonés, declarando así mismo los coreanos que eran completamente independientes de la China, pero si los japoneses creían que habían consolidado posición en Corea, se equivocaron, pues Rusia se valió de la declarada independencia de Corea para entrometerse en sus asuntos, para realizar una abierta propaganda anti japonesa, lo que trajo consigo el obligado abandono de Soul, de parte de la embajada japonesa, encontrándose Japón en 1882, en el mismo lugar donde había comenzado. El convenio de Li-Ito de 1885, un acuerdo entre China y Japón, prometiéndole aquella no mandar tropas a Corea, le fué muy beneficioso a Rusia; con esto la influencia japonesa desaparecía de Corea, y se le cerraban las puertas de expansión del norte, como ya habían sido cerradas las del sur.

Gran parte de los problemas de la balanza de poder en el Lejano Oriente se han arreglado conforme al clima de la política europea, y quien ha ganado de las divergencias de la política europea, ha sido precisamente Japón; así pues, en 1890, el Ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra Lord Salisbury, abrigaba el deseo de asentarle un triunfo sobre Rusia, porque había llegado a ser molesta e exigente en el Asia, y sobre Francia por su irritante política africana, el medio lo encontró en oponer a estas potencias en el Asia un constante peligro, y él lo encontró en país donde Nace el Sol; para llegar a este resultado debía poseer el Japón los mismos derechos que las demás potencias, y habló de la Revisión de los Tratados de 1854, firmados bajo la presión de los cañones de todas las naciones, en efecto, en Julio de 1894, las potencias europeas reconocieron la autonomía aduanera japonesa y abolieron la extraterritorialidad; el Japón se sintió libre, fuerte y potente, y lo que Lord Selisbury anhelaba sucedió, Tokio quiso mostrar su importancia, y aprovechar "la pérdida de la posición blanca", como ellos decían, el resultado de esto fué la declaración de guerra a China el 27 de Julio de 1894. Los japoneses ocuparon Soul, atacaron Port Arthur y conquistaron Wei-hai-Wei, y después de 230 días de lucha, fué vencido el coloso chino, "y Japón obtuvo su primer sabor de una victoria militar" (Spykman).

En Marzo de 1895, comenzaron en Shimonoseki las negociaciones de paz, el Japón recibió como fruto de su victoria, la península de Lico-Tung, en cuyo extremo meridional se encuentra Port Arthur, además la isla Formosa y las islas Pescadores; también el reconocimiento de la Independencia de Corea por parte de la China, la indemnización de 200 millones de taels, que China no posee y que tiene que pedir prestado a Europa, embargando sus derechos de aduana. China debe abrir cuatro puertos al comercio, dejándole Wei-hai-Wei al Japón como prenda por los 200 millones. Parecía promisor entonces el camino hacia el norte. Parecía solamente, pues pocos días después de ser firmado el Tratado, la po-

tencias de Alemania, Francia e Inglaterra "persuadieron" al Japón renunciar a las anexiones estipuladas en el Tratado, pidiendo en cambio una indemnización suplementaria de 30 millones de taels; Japón ante despliegues de fuerzas aliadas, debió ceder, devolviendo Liao-Tung a China, evacuando Wei-hai-

Wei y renunciando a las islas Pescadores. Forzosamente fué doblegarse a las exigencias disfrazadas del más fuerte, fundadas en el deseo de la integridad de China y de Corea. Cuarenta oficiales del ejército Japonés cometieron harakiri en común como "señal de protesta y de vergüenza".

(Fin de la primera parte).

BIBLIOGRAFIA

- 1.—NICHOLAS JOHN SPYKMAN.—"America's Strategy in world politica".
 - 2.—ANTON ZISCHKA.—"Japón en el mundo"
 - 3.—B. H. SUMNER.—"Historia de Rusia".
 - 4.—J. F. HORRABIN.—"Atlas de Política Mundial".
 - 5a.—G. CRESSEY. — "Tierras y queblos de Asia".
 - 6.—GEORGES BONNEAU.—"Japan et Manchourie".
 - 7.—JUAN DE AVILES.— "Historia de la guerra Ruso-Japonesa" 3 tomos.
 - 8.— GEORGE VERNADSKY.— "Historia de Rusia".
 - 9.—SOUVARHOFF.—"La Barbarie Humana".
 - 10.—ZUMOTO MOTOSADA.—"El heraldo de Asia". (Folletos).
 - 11.—MORDOCH.—"History of Japan".
-